



El maremágnun del amor y el sufrimiento

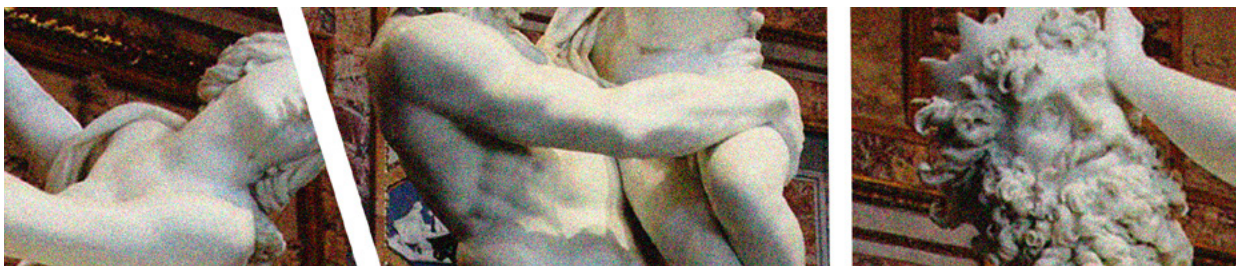
Por Luis Enrique Lechuga López

Hay quienes asumen la responsabilidad de explicar fríamente el amor y el sufrimiento, y por alguna razón los reducen a instintos, los intrincan como concepciones artificiales en pos de la supervivencia, incluso los tipifican como sensaciones motivadas por la psique.

Desde luego que hay un ápice de verdad en tales aseveraciones, pero en lo absoluto logran combatir la crasa falacia que las vertebra. Un enfoque “objetivo”, además de deshumanizar homogeneiza, lo más puro del ser, provocando que deje de ser y describiendo entonces cualquier otra cosa, por ello es un grave error sintetizar fenómenos no menos extraordinarios que el rapto de Proserpina, el fruto prohibido del Edén u otros

radójicos, pero es insuficiente para entender su irremediable unión cuando sus convergencias resultan superiores a sus diferencias. Uno se hipnotiza con el amor, idealiza a quien lo causa y el sentimiento crece constantemente en el fondo de quienes lo comparten, enjaezando al caballo de su destino hasta que el otro toma su lugar para hacer exactamente lo mismo.

Aunque se encuentran en una constante lucha sin tregua ni cuartel, el amor y el sufrimiento no son enemigos, pero están lejos de ser aliados; sin aceptarse ni negarse, se reconocen inherentes, vitales e intermitentes, como inhalar para exhalar. El origen del primero significa el final del segundo, y el exceso de cualquiera intoxica hasta el colapso y la asfixia; sin embargo, cuando falta uno prontamente faltarán los dos. Por lo tanto, ingenuo es quien se atreva a determinar

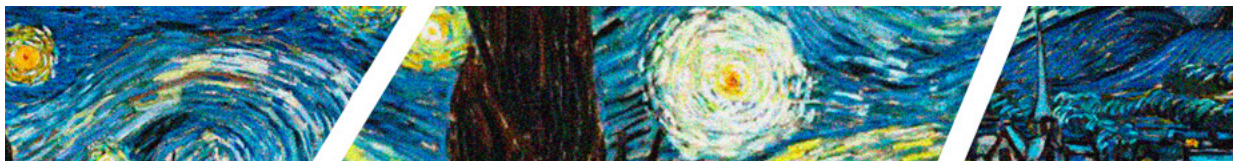


El rapto de Proserpina, Lorenzo Bernini

similares capaces de explicar la concordia de apasionamientos —aunque antitéticos— recíprocos, el padecimiento ofuscado por la belleza y la tragedia como antesala de lo poético.

En fin, no hay palabra capaz de tocar sin descalibrar la piedra angular sobre la cual se balancea el ímpetu más elevado al que el hombre aspira: amor y sufrimiento, que serán siempre inalcanzables para la razón e indescriptibles en el lenguaje del hombre, a lo más, se puede decir que son pa-

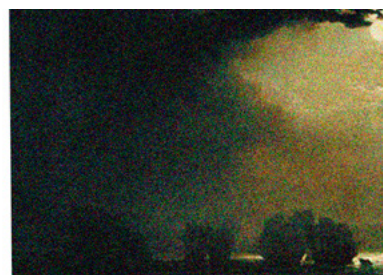
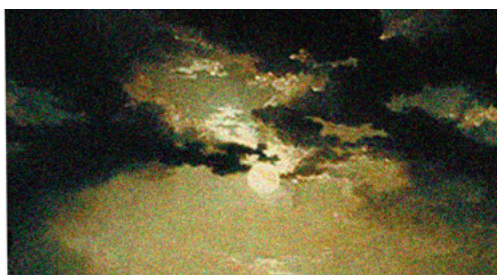
si bueno o malo es alguno de ellos. Habrá que resignarse a advertirlos o, en todo caso, tratar de comprender que son indispensables porque siempre preceden a lo sublime, así el arte capaz de acariciar el alma. Los poemas más sensibles, los soldados voluntariosos de ir a sangrarse la libertad o el acontecimiento que marca una vida para la eternidad son todos hijos del amor y del sufrimiento. Lo que surja de cualquiera de ellos tiene un valor intrínseco, como las inspiradoras e inescrutables estrellas que en el firmamento se encuentran más allá del bien y del mal.



La noche estrellada, Vincent van Gogh

Lejos de los prejuicios entre lo bondadoso y lo malévol, abracemos toda oportunidad que realce a una vida para que merezca ser vivida, pues sólo el corazón arde de pasión sin temor a consumirse hasta las cenizas del desprecio. La paz ya no demoniza al miedo cuando instantes previos a devorarla sonrío ante las fauces del desasosiego, la compañía es un refugio más no un amuleto contra los fantasmas de la soledad, pacientemente esperando desde los diáfanos umbrales de la nostalgia.

Conforme vayamos descubriendo que el gozo y el dolor son cuestión de ángulo, dejaremos de poner la venda antes de la herida, finalmente comprenderemos que así como la muerte enaltece la vida, esta última mistifica la muerte. Cada cualidad de lo vivible viene de par en par, pues con la singularidad no oscila el péndulo de sensaciones que dan un propósito a la existencia. En fin, para que en el viaje de la vida un punto de destino se convierta en uno de partida y viceversa habrá que desnudarse ante lo que quiera herirnos, identificarnos un poco con el capitán, pero mucho más con el náufrago, y navegar con una brújula desnortada sobre las misteriosas aguas de la deconstrucción hasta ahogarse vulnerable en el maremágnum del amor y el sufrimiento. 🎨



Pescadores en el mar, Joseph Mallord. Imágenes proporcionadas por el autor.



Luis Enrique Lechuga López es estudiante de Economía en la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma del Estado de México.